

María Ángeles PÉREZ LÓPEZ (1967)

[El bisturí]

El bisturí inocular su dolor.
En el corte limpiísimo florece
el polen que envenenan las avispas,
su aguijón turbulento y ofensivo.
La mesa del quirófano está lejos
de la luz y la tierra del jardín,
su amor desesperado por la vida
y el material mohoso del origen,
lejos de la pasión de los hierbajos
y la piedra porosa en la que sangra
la desgastada edad de las vocales
que escribieron verdad y compañía.

En la asepsia que exige el hospital,
el bisturí recorta el corazón
de la página blanca del poema,
la sábana que tapa el cuerpo enfermo.
No queda ni memoria ni alarido,
tan solo un hueco rojo en el lenguaje.
En la mano que empuña la salud
hay sin embargo un corte diminuto,
una línea de sangre y su alfabeto.

*con Álvaro Mutis
también con Gambarotta*

Fiebre y compasión de los metales (2016)

[En el aire, la piedra]

En el aire, la piedra ya no duele.
Cuando rueda, recorre con violencia
la edad que se camina hasta ser bronce
y transforma en herida cada lasca.

Limadura, fracción con que el lenguaje
despedaza la piedra en sus dos sílabas
como vocablo hendido y estilete
que afila la humildad de la derrota
para ofrecer la dádiva del miedo,
la floración solar del sacrificio.

Piedra cuchillo, caracola de aire
que encierra los sonidos de la tribu
en el tambor solemne de la guerra,
en la angustia y pezuña de animal,
en la desesperada turbación
con la que Gaza sangra por sus cifras.

Sin embargo, la piedra se resiste.
No está dispuesta a ser domesticada.
Hay en su corazón un alto pájaro.
Hay en ella arrecifes, elefantes,
caminos y escaleras, soliloquios,
las circunvoluciones, el destino,
el álgebra, la luz de las estrellas,
el abrazo de Abel y de Caín.

Hay en su corazón un alto pájaro.
Cuando vuela en el aire, ya no duele.

Ibid.

[En la lombriz de tierra]

En la lombriz de tierra, nada es tierra.

¿Acaso a ella le importa su apellido?

¿La prudente certeza de las taxonomías?

¿La sucesión arbórea de nombres en latín

que hunden sus raíces en la tierra más blanda?

Cuando se mueve, avanza en lo invisible.

Anélido vibrante,

conjetura,

coágulo de tiempo entre lo oscuro.

Su traslación es blanda y sinuosa,

no acepta ni la línea

ni el triángulo

ni ningún mecanismo de lo rígido.

No puede imaginar que otras especies reñimos violentamente con nuestros huesos.

Que los soportamos con la resignada obstinación

de quien carga todo el peso de la ley.

En el dócil cilindro de su cuerpo, entra y sale la tierra sin parar.

Pero en ella hay tan solo ondulación.

La insólita respuesta a los cambios de luz.

El flujo en que persigue su deseo

como si fuera un pez brillante bajo el agua

al que no puede ver ni atrapar con las manos.

Sin embargo no siente ninguna desazón.

En ella nunca cabe la sospecha,

solo el tenaz empuje de lo vivo hacia todas las formas de lo vivo,

la ebullición inquieta en lo ilegible.

Cuando baja hasta el mundo sin temor,

¿tropieza con la sangre derramada?

Por ejemplo

en Magenta o Nagasaki,
en El Cairo y Alepo,
en Srebrenica,

¿se empapa, pegajosa, de esa sangre?
¿Del alarido hirviente de los hombres?
¿Del cauce enardecido con que el odio
moja la piel oscura de los campos
como si fuera ácido que mana sin ceder?
¿También de las ciudades, que se hincan de rodillas
sobre sus edificios más humildes?

Cuando entran en el mundo sin temor,
las lombrices conocen lo baldío,

lo seco,
lo atrapado en la intemperie.

Pese a ello, descienden a la luz.

Bajan por ascensores de cristal en los que entra,
pastoso,
el territorio

y trasladan la dicha a todas partes.

Sacramento y unción de la materia.

Después serán tomadas como cebo.

Igual los hombres, campos y ciudades
servirán como cebo y como espita.

Agitarán temblando su temor
en la boca arrasada de la muerte.

Pero antes,

siempre antes de ese instante,
es suya la hipótesis feliz de los anillos
que unen cada parte de su cuerpo
como se une el todo con el todo.

Por eso conspiran y eclosionan hacia el barro,
la tierra primordial.

Por eso no aceptan venir hasta aquí
y convertirse en línea y armazón,
en verso empobrecido de esta página.

¿Cómo haré para entrar en su abandono,
en la respiración concéntrica de lo que no se sabe?

Eslabón prodigioso en lo fugaz.

La alegría,

impasible,

invertebrada.

con Claudio Rodríguez

(Inédito)

A modo de poética

Porque las palabras piden ser viento que arrase los paisajes de la usura, piden ser fuego y tolvana, respingo que celebra en su osadía la roja ceremonia de vivir, anoto el poema “[Correas]” como poética con la que soñar perennemente.

[Correas]

Correas que sujetan las palabras
a la rueda inflexible de la boca,
grilletes de decir y no decir.

El óxido violenta las encías,
las bóvedas oscuras de la sed.
En el temor se enferman las vocales.
Hay luz muy sucia en el mandil del tiempo,
moscas sobre los zocos de la ira,
grumos de desamparo en cada litro

de leche almacenada en los arcones
con que asciende el umbral de la pobreza.

Formas de expiación, desgarraduras,
ganchos de carnicero que desangran
pulmones sonrosados de animal
–uno es Oriente, el otro es Occidente–.
Cada animal conoce su dolor,
es inocente siempre en su dolor.
Y con su gota espesa y pegajosa
la tierra fertiliza los manzanos,
la fruta que también es inocente.

Sin embargo, al morder y al escribir
letras de aire en su cuerpo malherido,
la boca deja un rastro de semillas.
Omnívora y febril, también elige
pedirle compasión a los metales,
pedir a los grilletes que liberen
su presa con un tajo del puñal
que brilla como un sol inesperado.
Que las correas suelten las palabras.
Que sean compasivos los metales.

Gracias a María Ángeles Pérez López por enviarnos sus poemas y su poética desde los
vuelos de la amistad.

(Las editoras)